



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	<b>BEATRIZ DE LA FUENTE</b>
SERIE	004: PREMIOS Y DISTINCIONES
CAJA	009
EXP.	102
DOC	0001
FOJAS	7
FECHA (S)	1996

Para entregar al Sr. Embajador  
Dr. Jorge Caspiro

5 de Junio de 1996

DISCURSO DE LA DOCTORA BEATRIZ RAMIREZ DE LA FUENTE, EN LA  
CEREMONIA DE INVESTIDURA DE PROFESORES E INVESTIGADORES  
EMERITOS

Doctor José Saruhkán, Rector de la Universidad Nacional  
Autónoma de México;

Honorables Miembros de la Junta de Gobierno y del Patronato  
Universitario;

Doctores *Honoris Causa*

Profesores e investigadores eméritos,

Universitarios:

"La patria va donde llega el alma" decía Jaime Torres  
Bodet, quien tanto empeño puso en las bondades de la  
educación. En medio del vórtice de esperanzas y titubeos de  
nuestro pueblo, en un momento decisivo en que la disyuntiva  
parece el caos o la reconciliación, acaso hoy más que nunca  
sea necesario insistir en los valores y las posibilidades  
del espíritu.

Acaso tenemos que volver los ojos a nuestra historia y  
revisar las luchas que hicieron posible que este país se  
convirtiera en una nación. Veremos que la utopía educativa



siempre ha estado presente y que fue ella la que hizo posible mucho de lo que hemos alcanzado. La utopía de los primeros misioneros que, empapados de los ideales del Renacimiento, llegaron a una tierra para ellos absolutamente desconocida y soñaron aquí un orden mejor. La utopía de los fundadores de la República y también de quienes, luego de la Revolución lucharon por llevar al pueblo los beneficios del arte, de la ciencia, del conocimiento.

José Vasconcelos, uno de nuestros mayores héroes culturales, hombre contradictorio y generoso, al tomar posesión del cargo de <sup>rector</sup> la Universidad Nacional en 1920, dijo: "no vengo a encerrarme en ella sino a procurar que sus tesoros se derramen. Quiero el derroche de las ideas, porque la idea sólo en el derroche prospera". A los universitarios les advertía: "La pobreza y la ignorancia son nuestros peores enemigos, y a nosotros nos toca resolver el problema de la ignorancia (...) Ojalá que esta Universidad pueda alcanzar la gloria de ser la iniciadora de esta enorme obra de redención nacional".

Creo que con todas las limitaciones económicas y con todos los problemas que inevitablemente debe afrontar una universidad de las características y del tamaño de la nuestra, la UNAM ha cumplido con su pueblo. La Universidad sigue siendo ese gran centro irradiador de conocimientos y encarna el proyecto cultural más vivo y vasto de nuestro



país.

La Universidad , orbe fecundo, anima los mejores valores que como sociedad podemos practicar: la libertad comprometida con la comunidad, la pluralidad, la tolerancia. Sobre todo, la universalidad: el espacio donde caben todas las ideologías y todas las ideas que sepan someterse a la crítica y al rigor intelectual.

Creo que es una enorme fortuna pertenecer a una comunidad que alberga a las mejores cabezas y que procura, con nobleza, derramar los beneficios del conocimiento y de la cultura al pueblo del que proviene y al que se debe. Pienso que es un gran privilegio ser maestro, y creo que la patria -y uso con toda intención esta palabra que parece arcaica, pero que es justa y necesaria- nos pide que sigamos siendo maestros.

¿Y que es un maestro? Mucho he meditado en estos días, en el hecho de tener que hablar ante ustedes, maestros e investigadores de primer orden, acerca del significado de la palabra maestro. Recordé inevitablemente mis tiempos de estudiante, cuando hombres de la talla de Justino Fernández y Francisco de la Maza, me enseñaron, no sólo en la cátedra, también en los gestos, en las actitudes, en la vocación y en la entrega, lo que es un Maestro. Aprendí que el magisterio es ante todo un asunto vital. No sólo un asunto intelectual: también pasional. No un trabajo que se



redujera al salón de clases, sino una actividad que llenaba nuestra vida toda. Aprendí de ellos una enseñanza libre, o mejor aún, una educación para ser libres. Aprendí algo importantísimo en su ejemplo, como si hubieran hecho suyo el imperativo de Zaratustra: "Amigos míos, es indigno de mi enseñanza quien acata servilmente una doctrina; soy un libertador de corazones; mi razón no puede ser vuestra razón; aprended de mí el vuelo del águila".

Entendí entonces el significado más profundo de la expresión Casa de Estudios. Gracias a mis mejores maestros comprendí que esta Universidad era mi casa y que quería vivirla con toda intensidad. Y fue entonces, cuando a mi vez, decidí volverme profesora e investigadora universitaria.

¿Dónde termina la profesora? ¿Donde comienza la investigadora? ¿Tiene sentido preguntárselo? ¿No es ésta una de esas preguntas de nunca acabar, una de esas cuestiones que, como las escaleras en los cuadros de Escher nos traen y nos llevan al mismo sitio? En efecto, no creo que la investigación y la docencia se puedan separar. Un buen profesor debe ser al mismo tiempo un buen investigador. Y el investigador, para serlo provechosamente, debe nutrirse de las dudas novedosas y de la fresca intuición de sus alumnos.

Yo soy historiadora, historiadora del arte, cabe precisar.



Durante muchos años me he dedicado a investigar sobre cuestiones de arte prehispánico y he procurado compartir con mis alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras y del Instituto de Investigaciones Estéticas, mis hallazgos y mis nuevas inquietudes. Los que nos dedicamos a estas áreas del conocimiento debemos poseer un gran amor por nuestras disciplinas y un enorme empeñamiento. Muchas veces, entre la gente común surge la duda sobre la utilidad de lo que estudiamos. Nunca he tenido respuestas definitivas. Creo que la enseñanza de la historia, cito otra vez a Torres Bodet, ayuda a formar hombres y mujeres sinceramente reconciliados. Conocer y comprender; conocer y respetar son cosas que van de la mano. Creo que la comprensión honda de la historia nos da razones para convivir pacíficamente. ¿Que más se puede pedir de una disciplina?

Pero soy historiadora del arte, decía. Ya en otra ocasión he apuntado que el quehacer sustantivo de un historiador del arte es el de un investigador que hace avanzar el conocimiento. Pero tiene a mi juicio, una tarea todavía más importante, de la que ya hablábamos: la de educador. Educar no sólo al estudiante, sino orientar también las inquietudes de aprendizaje visual de los hombres y de las mujeres comunes.

Ocurre que si bien en todos existe, por lo menos en potencia, el sentido artístico y la capacidad de apreciación de los objetos de arte, la experiencia



perceptiva del hombre ordinario es vaga e imprecisa. En un sentido el arte es un lenguaje que ni aun en su versión estrictamente naturalista y narrativa es apreciable por todos. Precisamente es el historiador del arte quién está en posición ventajosa para despertar el interés de los demás, alentándolos a educar su sensibilidad, para percibir valores, expresiones simbólicas y significados, que de otro modo podrían pasarles inadvertidos. En otras palabras, la función del historiador del arte es comunicar su experiencia visual a un público amplio y ayudarle a comprender los trabajos de arte, a asimilarlos a su perspectiva personal y, finalmente, a disfrutarlos y extraer de ellos enseñanzas.

Tal vez, entre nosotros, el sueño secreto del historiador del arte sea el dar a la gente del pueblo, un pueblo que desde siempre ha tenido creadores extraordinarios, elementos críticos para disfrutar intensamente los productos artísticos. Ojalá pudiéramos decir, como Vasconcelos acerca del Ateneo de la Juventud: "florece una generación que tiene derecho de llamarse nueva, no sólo por sus años, sino más legítimamente porque está inspirada en estética distinta de la de sus antecesores inmediatos, en credo ideal que la crítica a su tiempo calificará con acierto, pero que no es romántico ni modernista, ni mucho menos positivista o realista, sino una manera de (...) buscar claridades inefables y significaciones eternas".

Señor Rector, compañeros profesores e investigadores:  
Siempre ha sido un honor trabajar para la Universidad. Lo hemos hecho con entrega y con pasión, sabiendo que el proyecto de la Universidad es, con lo que respecta a nosotros, nuestro proyecto de vida. El día de hoy acontece que esta institución ilustrísima nos otorga más honor aún.

Tal reconocimiento a nuestros esfuerzos nos compromete doblemente con la Universidad: con nuestros estudios y con nuestros alumnos. Nos compromete, por supuesto, con nuestro pueblo, en estos momentos sumamente difíciles y angustiantes.

Recuerdo que hace unos meses, al inaugurar la Feria Internacional del Libro, usted, doctor Sarukhán decía citando a Alfonso Reyes, que con un libro bajo el brazo, se puede bajar sin temores al infierno. Hay que prodigar los bienes del conocimiento ahora más que nunca. Hay que insistir en las bondades de la educación, como los liberales decimonónicos o los ateneístas, que en medio de la guerra civil, creyeron en la cultura y se consagraron al conocimiento como medio para vencer los demonios de la discordia y del desorden.

Hagámoslo así como maestros, como investigadores, como universitarios.

Muchísimas gracias.

*Miércoles 5 de junio de 1996*